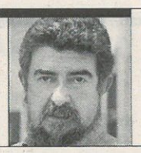
TRIBUNA
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla



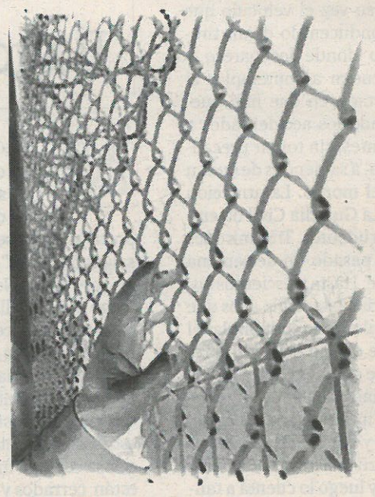
Los flujos migratorios ni se regularizarán ni se harán menores, sino todo lo contrario, mientras no se invierta la dinámica de la globalización mercantilista

Pagar el genocidio

HA ocurrido lo que tenía que ocurrir: que en cuanto Mohammed VI y su entorno ordenara al Gobierno marroquí "colaborar" para impedir la entrada irregular en territorio español de ciudadanos de terceros países, habría muertos y violaciones múltiples de los derechos humanos. No son sólo los fallecidos a manos de la policía y el ejército de Marruecos junto a las alambradas que circundan Melilla y Ceuta (cuando esto escribo van ya catorce), sino también el trato inhumano y el genocidio planificado consistente en abandonar en medio del desierto, a cientos de kilómetros de toda fuente de vida, a hombres, mujeres y niños subsaharianos para que no puedan volver a intentar introducirse en las dos ciudades.

Durante años, los dos partidos políticos mayoritarios españoles, cada uno a su estilo, y la inmensa mayoría de articulistas y tertulianos políticos han venido clamando por que se presione a Marruecos para que colabore activamente contra la inmigración "ilegal". Se le ha instado repetidamente a que desconozca el artículo 13 punto 2 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos e impida a sus propios ciudadanos la salida por sus costas. A que se comprometa a recibir a todo aquel "irregular" de país tercero que llegue a Andalucía, Canarias u otro lugar del Estado español procedente de su territorio. Y a que limpie sus costas y las fronteras con Ceuta y Melilla (ciudades que no reconoce como legítimamente españolas) de aspirantes a dar el salto, o realizar el asalto, al "paraíso" o la "fortaleza" de Europa.

Finalmente, después de múltiples presiones, gestiones y promesas, el régimen marroquí ha decidido intervenir activamente en el sentido que le urgían España y la Unión Europea. Y las consecuencias no se han hecho esperar. Durante años, miles de africanos negros habían malvivido en los bosques cercanos a Melilla esperando la oportunidad para entrar en la ciudad o embarcarse en una patera para cruzar el Mediterráneo. El flujo migratorio era continuo pero pausado, sin grandes sucesos salvo cuando algún naufragio dejaba vidas en el mar. Pero desde hace unas semanas la policía y el ejército marroquíes hostilizan a esos



Marruecos ha conseguido que el Gobierno español cierre los ojos ante su carácter antidemocrático y le aumente su 'ayuda al desarrollo'

"negros de los bosques", los deportan a la frontera con Argelia y, últimamente, los abandonan en el desierto sahariano, tal como han denunciado SOS Racismo, Médicos del Mundo y otras organizaciones humanitarias. ¿Cómo se explica este cambio de política? En mi opinión, porque Mohammed VI y su régimen han conseguido que el Gobierno español cierre los ojos ante su carácter antidemocrático, corrupto y sanguinario, acepte sin reacción alguna la represión salvaje contra los saharauies que piden lo que varias acordó Naciones Unidas, y, sobre todo, eleve de forma significativa la cantidad de euros destinada a la *ayuda al desarrollo* de Marruecos, es decir, al bolsillo de la familia real y su entorno.

Están dando la vuelta al mundo noticias y fotografías que muestran muros de alambre que se elevan y multiplican; trozos ensangrentados de ropas ondeando en las cuchillas que rematan las vallas; el ejército –la Legión, con toda su historia y su leyenda– y no sólo la policía patrullando con armas; muertos y heridos tras cada nueva avalancha –que ahora, no antes, sí se están dando–; deportaciones en masa bajo el nombre de "devoluciones"... No sé si somos conscientes de que todo esto, además de ser una vergüenza, que debería impedirnos vivir tan tranquilamente y que desnuda la hueca retórica de la "alianza de civilizaciones" que dice defender Zapatero, nos está poniendo, otra vez, en la diana del terrorismo internacional.

Como no podía ser menos, se está queriendo desviar la atención de las verdaderas causas del problema hacia la existencia de mafias a las que se acusa de organizar los asaltos. Pero, sin discutir su existencia, conviene decir claramente que esas mafias tienen su caldo de cultivo en la creciente impermeabilización de Europa (y de España) como fortaleza. A mayor dificultad para la entrada, más mafias y más alto coste, la vida, a veces, incluida, para quienes tienen que acudir a ellas como única supuesta garantía para llegar al supuesto paraíso donde intentar cumplir el objetivo –¿delictivo?– de vivir con dignidad.

Los flujos migratorios ni se regularizarán ni se harán menores, sino todo lo contrario, mientras no se invierta la dinámica de la globalización mercantilista. Porque mientras los capitales sigan circulando libremente por el planeta, sin norma alguna, esquilmando países, quienes viven en estos se verán obligados a la emigración forzosa. Dicho con otras palabras: las migraciones no podrán regularse mientras el mundo no cambie sus mecanismos de funcionamiento actuales, basados en la sacralización del Mercado y la obtención de cada vez mayores beneficios para cada día menos personas. La dificultad de dicho cambio quizá haga que muchos se consideren impotentes para influir en él, pero algo sí podemos, y debemos, hacer todos para poder seguir, al menos, mirándonos por las mañanas en el espejo: no aceptar ninguna violación de los derechos humanos, sea cual sea el disfraz con que trate de justificarse, y rechazar con firmeza que con nuestros impuestos se paguen genocidios.

EL MIRADOR
Félix Bayón

Una tonta pérdida de tiempo

CUANDO comencé a leer el nuevo Estatuto catalán sólo existía la versión original y, por muchos esfuerzos que hacía, no entendía nada, a pesar de que no tengo excesivas dificultades para seguir un debate en *TV-3* o leer el *Avui*. Un par de días después, cuando salió la versión en español, seguía sin entenderlo. Uno está en esa edad en la que se empieza a tratar de detectar los síntomas de la senectud y el asunto me preocupó hasta que comencé a leer artículos que hablaban de la farragosidad del Estatuto catalán, de su ambigüedad y de su desalmada gramática.

Es decir, que no lo entendía porque no había nada que entender. No es que fuera un documento descompuesto por los pactos, sino que se había construido de modo que sirviera para cumplir el proyecto de máximos de cualquiera de sus autores en cuanto tuvieran oportunidad. Sería conveniente, a partir de ahora, que, para evitar confusiones, los proyectos de Estatuto –el andaluz, también– vayan acompañados de un glosario que facilite su entendimiento.

El PSOE y el PP de Andalucía se han puesto ya de acuerdo en calificar a nuestra región como "nacionalidad histórica". Bien, ahora no estaría mal que aclaren qué significa. Entiendo qué es lo que quieren sugerir: que Andalucía es una nacionalidad y no una nación porque, de momento, no nos da la gana, pero que, si nos apeteciera, seríamos incluso un Estado. Aquí nunca hemos sido menos que nadie, como se vio el 28 de febrero de 1980. Hasta ahí podíamos llegar. Pero esto no deja de ser un juicio de intenciones: el significado de "nacionalidad histórica" es desconocido. El diccionario ayuda poco.

La palabra *nacionalidad*, en el sentido que le damos, fue un neologismo de los años de la transición, cuando, por lo visto, *región* parecía poca cosa y se recurrió al prestigio de los eufemismos. La política y la Historia se terminan asomando a los diccionarios. Al rebufo de los cambios políticos, en 1984, fueron aceptadas por la Real Academia ocho mil palabras. Entre ellas, *vídeo*, *reciclar*, *escáner* o nuevas acepciones de *comunismo*, *'golpismo'*, *'coño'* (como interjección) o *nacionalidad*, que pasó a ser "comunidad autónoma a la que, en su Estatuto, se le reconoce una especial identidad histórica y cultural" y "denominación oficial de algunas comunidades autónomas españolas".

Añadir "histórica" a "nacionalidad" es un pleonasmo, porque, según el diccionario, no se puede ser *nacionalidad* si se carece de "una especial identidad histórica y cultural". Es decir, que bastaba con haber hablado de *nacionalidad*, si se insistía en querer eludir el término *región*. Eso sin contar con que nuestra "identidad histórica" es de antesdeayer: ni siquiera se nos menciona como región en la Constitución de 1812.

Aún así, ¿es realmente necesario explicar qué es Andalucía? Me temo que no es sino una manera muy tonta de perder el tiempo.

→ felix@felixbayon.com

LA CIUDAD Y LOS DÍAS
Carlos Colón

Ecce Encarnación

FLAGELADA por treinta años de abandono, escupida por los poderes totalitarios y por los democráticos, harta de ser enviada de los pontífices de la arquitectura a los tetrarcas municipales, y de éstos a los gobernadores del poder económico, comparece uno de los corazones de la Sevilla histórica en el pretorio de las adjudicaciones para que se dicte su definitiva condena de muerte: Ecce Encarnación. Seria y sinceramente, con el corazón en la punta de los dedos, lo escribo: no hay esperanza para Sevilla. Se destruyó demasiado entre los años 60 y 70. No dio tiempo, en los mejores años de la Transición, a recuperar lo recuperable, frenar la destrucción y planificar un futuro verdaderamente moderno de respeto al patrimonio monumental y cotidiano; de racional, progresista, humanizadora e igualitaria corrección de los abusos desarrollistas cometidos en los barrios nuevos; y de planificación que hiciera imposible en el futuro el surgimiento de guetos o el deslizamiento de lo modesto a lo marginal. Por último llegaron los años del PA y del PSOE al frente del Ayuntamiento o la Gerencia de

Comparece uno de los corazones de la Sevilla histórica en el pretorio para que se dicte su definitiva condena de muerte

Urbanismo que nos devolvieron a los peores tiempos destructores de la dictadura.

Habría que retroceder a esos años urbanísticamente oscuros del franquismo para encontrar tanta destrucción o tan ramplona desnaturalización. De la mano del PA y del PSOE hemos ido perdiendo los cielos, los suelos y los perfiles de San Bartolomé y de San Bernardo, de Triana y de la Macarena, de las plazas de la Virgen de los Reyes y del Triunfo, de la calle Feria y de la plaza de San Lorenzo. Están ya en marcha los proyectos de desnaturalización de la Alfalfa y las plazas del Pan y del Salvador. Y se entrega la Encarnación a sus verdugos para que construyan en ella lo que el rencor antisevillano, la incultura que confunde lo nuevo con lo moderno y el prejuicio que toma por reaccionario todo legado histórico o tradición entienden como lo que corresponde al siglo XXI.

Muy al contrario, el proyecto de la Encarnación cierra con perversa lógica lo iniciado por el franquismo con la apertura de Imagen, a su derecha, y el destrozo de la Universidad y Villasís, a su izquierda. Da igual que sean los años 50 de Imagen, los 60 del derribo de la Universidad, los 70 de la destrucción del mercado o el 2005 de la construcción de este engendro que quieren hacer pasar por moderno. Sevilla es un poblachón que ha perdido el tercer lugar entre las grandes ciudades españolas, ganado por Valencia; está en camino de perder el cuarto, disputado por Bilbao; y en Andalucía está siendo vencida por Málaga. Un poblachón que ha perdido su habitabilidad y su belleza sin ganar en eficacia, competitividad o equilibrio social, gobernado con desamor por políticos profesionalizados en el peor sentido de la palabra, destrozado por horteras más atentos a hacer negocio que a crear empresa y habitado con apatía e indiferencia.

→ ccolon@diariodesevilla.es